

## PRESENTACIÓN

DAVID ROAS

Universitat Autònoma de Barcelona

Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, también este mira dentro de ti.

F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*

El monstruo encarna la transgresión, el desorden. Su existencia subvierte los límites que determinan lo que resulta aceptable desde un punto de vista físico, biológico e incluso moral. Por ello supone siempre una amenaza.

Y no solo porque en él se encarnen de forma metafórica –mítica– nuestros miedos, sino porque nos pone en contacto con el lado oscuro del ser humano al reflejar nuestros deseos más ocultos. Como afirma Louis Vax en su célebre *Arte y literatura fantásticas* (1960), el monstruo

representa nuestras tendencias perversas y homicidas; tendencias que aspiran a gozar, liberadas, de una vida propia. En las narraciones fantásticas, monstruo y víctima simbolizan esta dicotomía de nuestro ser; nuestros deseos inconfesables y el horror que ellos nos inspiran. El “más allá” de lo fantástico en realidad está muy próximo; y cuando se revela, en los seres civilizados que pretendemos ser, una tendencia inaceptable para la razón, nos horrorizamos como si se tratara de algo tan ajeno a nosotros que lo creemos venido del más allá. Entonces traducimos ese escándalo “moral” en términos que expresan el escándalo “físico”. La razón que distinguía las cosas y subdividía el espacio, cede su lugar a la mentalidad mágica. El monstruo atraviesa los muros y nos alcanza donde quiera que estemos; nada más natural, puesto que el monstruo está en nosotros. Ya se había deslindado en lo más íntimo de nuestro ser cuando fingimos crearlo fuera de nuestra existencia.

La monstruosidad toma dos formas esenciales en la ficción: mediante seres fantásticos, imposibles (vampiros, zombis, fantasmas, etc.), o a través de figuras de origen natural (como ocurre con los *freaks* de Tod Browning, el *serial killer* o los ataques de animales reales aunque extremadamente perversos). En las páginas de este monográfico nos asomaremos a diversas encarnaciones de los primeros.

Como sabemos, lo fantástico nos sitúa dentro de los límites del mundo que conocemos para enseguida quebrantarlo con un fenómeno que por su dimensión imposible altera la manera natural y habitual en que ocurren los hechos en ese espacio cotidiano. Porque el objetivo de lo fantástico es desestabilizar los códigos que hemos trazado para comprender y representar lo real, una transgresión que al mismo tiempo provoca el extrañamiento de la realidad, que deja de ser familiar y se convierte en algo amenazador. El monstruo encarna en sí mismo esa dimensión transgresora: no solo sirve, como decía, para representar (y provocar) nuestros miedos, sino también como vía para problematizar nuestros códigos cognitivos y hermenéuticos. Más allá del peligro que suele implicar para la integridad física de los humanos que se topan con él, o de su aspecto más o menos repulsivo, el monstruo fantástico supone siempre una amenaza para nuestro conocimiento (de la realidad y de nosotros mismos). Y ello se traduce en uno de los efectos fundamentales que definen a lo fantástico: el miedo. ¿Qué otra reacción puede esperarse cuando las convicciones sobre lo real dejan de funcionar?

Pero el monstruo, como afirma Ana Casas en su prólogo a la antología *Las mil caras del monstruo* (2012), "no es un ser estático, sino que evoluciona con el correr de los tiempos, cambia según sea una u otra su localización histórica o geográfica. Aunque concentra miedos atávicos que nos acompañan desde el origen de la humanidad, es extremadamente dúctil y pone de manifiesto hasta qué punto varían los temores dominantes dependiendo de la época y la cultura en la que nos encontremos".

El monstruo resiste porque nuestros miedos persisten. Pero también porque toda noción de normalidad, de orden, conlleva implícitamente su propia subversión. De este modo, la ficción posmoderna no ha cesado de producir todo tipo de monstruos imposibles y, por ello, inquietantes. Aunque también se están produciendo las obras (*Crepúsculo* es un ejemplo paradigmático) que banalizan y/o domesticar al monstruo, despojándolo de su excepcionalidad, lo que provoca un curioso fenómeno (tras el que se oculta una visión inevitablemente conservadora): dotarlo de esa normalidad supone incorporarlo a la realidad, convertirlo en un posible más del mundo y, con ello, extirparle su original naturaleza imposible, situarlo dentro de la norma. Despojarlo de su monstruosidad.

Así, nuevas formas, motivos y estilos conviven con las figuras clásicas. El monstruo se adapta al universo en el que vive: si bien los miedos básicos del ser humano siguen siempre activos (ante la muerte, lo desconocido, lo imposible), con el paso del tiempo se ha hecho necesario emplear nuevos recursos, técnicas diferentes, más sutiles, para comunicarlos, despertarlos o reactivarlos, y, de esta manera, causar la inquietud del lector. Ello explica que en muchos casos ya no

se juegue obsesivamente con el aspecto físico del monstruo (a diferencia de las encarnaciones clásicas, que exacerbaban su deformidad y fealdad), lo que impide reconocerlo por su exterior, sino que se potencie –por medios diversos– la problematización de su rasgo esencial: la imposibilidad (y lo que ello implica para el receptor).

Otro rasgo destacable es la tendencia cada vez más acusada a darle voz al monstruo y convertirlo en el narrador de su historia. De ese modo, el Otro, mediante su discurso, nos hace cómplices de sus experiencias y de sus sentimientos, un proceso que lo humaniza y, en cierto modo, atenúa su otredad. Aunque ello no implica que el lector asuma la situación planteada en el relato como algo normal, puesto que la presencia (la existencia) de ese ser sigue siendo percibida como imposible, como algo más allá de su concepción de lo real.

Asimismo, lo fantástico posmoderno acude en muchas ocasiones a la ironía y la parodia como formas de dar nueva vida a algunos monstruos que han sido sobreexplotados tanto en la literatura como en el cine. Motivos que tratados a la manera tradicional resultarían desfasados o demasiado vistos (y, por lo tanto, previsibles), son renovados gracias al tratamiento irónico y/o paródico, sin que ello implique la pérdida de su dimensión inquietante. La distancia irónica no atenúa la monstruosidad, sino que la potencia, como puede comprobarse en muchos de los cuentos y microrrelatos del peruano Fernando Iwasaki, o en las películas del director y guionista español Nacho Vigalondo.

\* \* \*

Los artículos que aquí recogemos tienen como objetivo ofrecer al lector una variada muestra de las manifestaciones de lo monstruoso en la ficción fantástica posmoderna de ámbito hispano.

En el primero de los artículos, Rubén Sánchez Trigos se centra en el monstruo posmoderno por excelencia: el zombi. Tras plantear una clarificadora definición (partiendo de sus raíces folclóricas y antropológicas) y ofrecer un detallado recorrido por su historia en la ficción occidental, el autor estudia la presencia y sentidos del zombi en el cine fantástico español contemporáneo, concluyendo con el examen de algunos casos actuales (entre ellos, la aclamada *Rec*).

En el siguiente artículo, Francisco de León también se centra en el monstruo cinematográfico, esta vez combinando el estudio de dos obras que renuevan el tratamiento de dos grandes figuras fantásticas: el vampiro y el zombi. Así, mediante el análisis de *La invención de Cronos* (1993), del director mexicano Guillermo del Toro, y *Juan de los muertos* (2012), del argentino Alejandro Brugués, el autor demuestra cómo estas obras escapan de los caminos trillados, no solo por la ambientación de las historias (el primero lleva el vampiro a la ciudad de México, y el segundo ubica al zombi en Cuba para, mediante una excelente combinación de terror y humor, lanzar una provocadora crítica social y cultural de la vida en la isla), sino por el tono y estilo elegido para construir las.

El vampiro es también el objeto de análisis del tercer artículo del monográfico, en el que José Güich Rodríguez, tras realizar un breve recorrido histórico por la presencia y peculiaridades del vampiro en la narrativa peruana, se centra

en las obras de tres indiscutibles representantes de la nueva literatura fantástica de dicho país (Iwasaki, Calderón Fajardo y Donayre) para mostrar otras tantas vías de explorar el universo vampírico a partir de una mirada ecléctica e híbrida que fusiona lo culto y lo popular.

A continuación, Natalie Noyaret escoge la obra de uno de los grandes cultivadores españoles de lo fantástico, José María Merino, y revela la importante presencia y variedad de monstruos que pueblan sus cuentos y microrrelatos, centrándose para ello en varios de sus volúmenes de cuentos más destacados: *Cuentos del reino secreto*, *Cuentos del libro de la noche*, *Las puertas de lo posible* y *El libro de las horas contadas*.

Los dos artículos restantes se centran en la obra de dos autores hispanoamericanos: el costarricense Rafael Ángel Herra y la uruguaya afincada en España Cristina Peri Rossi. Así, el objetivo del trabajo de Amalia Chaverri es analizar la obra de Herra como literatura de ruptura en relación con el canon tradicional del género realista dominante en su país. La autora realiza una detallada sistematización del uso de lo monstruoso en sus narraciones y demuestra no solo la importante presencia de dicha figura, sino la variedad de formas y sentidos que toma en los relatos de Herra. El monográfico se cierra con el análisis que Ana Prieto Nadal realiza del relato fantástico "La tarde del dinosaurio", perteneciente al libro de título homónimo que Peri Rossi publicó en 1976. El juego con el animal extinguido y su presencia imposible le sirve a la autora uruguaya para plantear un inquietante juego con la alteridad y la transgresión de lo cotidiano.

A través de estos seis artículos, el lector podrá comprobar la buena salud del monstruo en la narrativa y el cine hispanos. Seis calas en la ficción posmoderna que revelan, además de la variedad de tonos, estilos y sentidos con los que es representado, el decisivo papel que el monstruo juega en la constante renovación que experimenta lo fantástico, siempre a la busca de nuevas estrategias que permitan seguir inquietando al receptor.